

# NOTAS DE LECTURA DESPUÉS DE UN VIAJE EN UN MODERNO TREN

Manuel Ríos Ruiz

DURANTE mi último viaje a Barcelona, tren arriba y abajo he tenido el placer de leer con gusto y atención poesía y prosa. La poesía del malagueño Alfonso Canales y la prosa del leonés Antonio Pereira. Dos admirables amigos de toda la vida. Recuerdo que de un libro de versos de Antonio Pereira, ya me ocupé en los primeros sesenta en las páginas portuenses de «La Voz de la Bahía». Desde entonces he seguido su obra poética y narrativa y he escrito sobre algunos de sus títulos en más de una publicación, y unos cuantos años después, en el setenta y tres, también recuerdo que me correspondió la satisfacción de presentar en Sevilla, el poemario «Épica menor» de Alfonso Canales, y también escribí sobre varios de sus poemarios en «Poesía Española» y «La Estafeta Literaria», y en las hojas literarias de «Noticias Médicas», y tanto con uno como con otro siempre he tenido la alegría de disfrutar leyéndoles o conversando con ellos.

«Aminadad», «Port-Royal», «Gran fuga» «Réquiem Andaluz», «El Canto de la Tierra», «El Puerto», «Momento Musical, y «Tres Oraciones Fúnebres». La antología ha sido publicada en la Colección Ciudad del Paraíso; que dirige Pablo García Baena y edita el Ayuntamiento de Málaga. Trae la edición un ensayo introductorio le la catedrática María del Pilar Palomo y es una edición digna de premio en todos los órdenes editoriales. El poeta nos explica en una nota preliminar lo siguiente: «Con el calificativo de mayores intenté dar a entender que éstos que aquí se reúnen, son los poemas en los que puse mayor empeño en expresarme, los que con mayor intensidad se centran en las incógnitas que todo quehacer poético se propone despejar». Y lo que de nuevo hallamos releendo a Alfonso Canales, son sus cavilaciones y, mociones religiosas, su fervor por los símbolos a través de la imaginación, el calor y la densidad del lenguaje, su hermosura implícita, son su elegíaco tan enaltecido como entrañable... En definitiva su poesía cabal. Verbigracia: «No encuentro aquel retrato / lleno de flores oxidadas, teles / desteñidas, blancuras / creadas por la luz de un gran sol muerto, / rodeando una suerte de fingido reposo / puesto a secar el aire de los años / futuros. La doncella, / satisfecha de sí, no acariciaba / la limpísima crin del unicornio / amansado, mas era / evidente que estaba detrás de la o cortina / recogida o con gruesos cordones, al aguardo / de su vecina vez; pronto la grama / tendría flores suficientes, lecho / para un rico tapiz ».

En cuanto a «Las ciudades de Poniente», el último libro de narraciones en cortopaginaje de Antonio Pereira, lo primero que hay que decir es que confirma su maestría en el género. Si como novelista Antonio Pereira ha dado muestras de su capacidad, en el relato corto o cuento literario, es lo que se llama un as. Pero un as de oro. La fluidez de su escritura, tan rica en giros lingüísticos y en descripciones rápidas, pero puntuales, lo mismo de paisajes que de gente, son dones literarios que no hay que dudar en calificar de extraordinarios. En el volumen que tengo delante encontramos veintitantas historias cautivadoras. Constituyen lo que pasó en un determinado lugar del noroeste español, según el magín de un escritor de raza, que sabe conjugar observación e invención de una forma realmente magistral. Como bien señalan los editores de «Las ciudades de Poniente» -Anaya & Mario Muchnik-, libro que ha merecido el premio «Torrente Ballester», en tales ciudades «las tardes son lentas y propicias para el vino y la confianza, y quienes viven en ellas o las visitan terminan acostumbrándose a que las rarezas sean lo más natural del mundo». Así es, verdaderamente, pues conforme se va leyendo lo que ocurre en la ciudad escogida idealmente por Antonio Pereira, uno puede entenderse con la pila de personajes que circulan por sus páginas. Y esto es clave para valorar las excelencias de sus narraciones, tan raras y claras a la vez como sugestivas donde las haya.

Leer en el tren siempre me pareció una delicia, y más ahora, cuando la rapidez de los talgos no te dejan ver detenidamente el paisaje y lo que pasa por nuestros ojos es una mareante ráfaga del mundo sin concreción alguna. Y tampoco soporto bien volver a ver en un monitor una mala película lo mejor es repanchingarse en el asiento y enfrascarse en los pasajes de un libro. Con «Poemas Mayores» de Alfonso Canales y «Las ciudades de Poniente» de Antonio Pereira, he cubierto sin sentirlo el trayecto Madrid-Barcelona-Madrid-Qué felicidad.